

CAPÍTULO QUINTO

EL “VICIO MONSTRUOSO” DE LA SERVIDUMBRE VOLUNTARIA

“Apropiación por la fuerza”, dijo Rousseau; “avasallamiento voluntario”, concluyó La Boétie. ¿Se trata de un diálogo atemporal entre construcciones teoréticas que se reflejan especular y recíprocamente? Del análisis del texto de Rousseau efectuado arriba resalta una tesis que le conecta con el joven amigo de Montaigne y que Bachofen y Bernardi también constatan.¹²² Dice Rousseau: “¿De qué se trata pues, exactamente, en este *Discurso*? De señalar en el proceso de las cosas el momento en que, al ser sustituida la violencia por el derecho, quedó la naturaleza sometida a la ley; de explicar *por qué concate-nación de prodigios pudo el fuerte decidirse a servir al débil y el pueblo a comprar una paz hipotética al precio de una felicidad efectiva*”.

Etienne de La Boétie (1530-1563), dilecto amigo de Michel de Montaigne (amistad emblemática como pocas), escribió el *Discurso* buscando explicar el mecanismo de la obediencia al poder. Su cortísima existencia truncó la promesa que su lúcida inteligencia permitía augurar. Su obra (llamada también el *Contra uno*) apenas es leída.

“Sin embargo —afirma Denis Huisman—¹²³ contiene un *análisis extremadamente fino del poder* que es, sobre todo, *perfectamente moderno*”. Se calibra raramente lo que a él le deben muchos pensamientos políticos ilustrados: *Pascal*: “la gente no sabe que este efecto (la obediencia política) viene de esta costumbre...”. *Rousseau*: “Los ciudadanos no se dejan oprimir sólo si están arrastrados por una ciega ambición y, al poner su mira en lo ruin más que en lo noble, la dominación les resulta más atractiva que la independencia y consienten en llevar cadenas para poder imponerlas ellas a su vez”. *Alain*: “Lo que subsiste de esclavitud viene muy claramente de que el ciudadano pone a los pies del jefe también su propio juicio”.

¹²² Véase el cuadro de la p. 93 de esta obra.

¹²³ *Dictionnaire des mille œuvres des de la philosophie*, París, 1993 (trad. de Carmen García Trevijano, Madrid, Tecnos, 1997, pp. 201 y 202).

Volvamos a la amistad de La Boétie con Montaigne. *Jean-Yves Pouilloux* la pinta así:

Montaigne, como La Boétie, es hombre joven pero hecho y derecho, resistente y sólido como para soportar la crítica (a sus escritos). Tienen ambos deseo de pensar de verdad. Nada más fácil que dejarse ir, repitiendo las ideas de moda y las frases hechas, creyendo así reflexionar. Es entonces cuando la presencia de un amigo puede llamarnos al orden y hacernos salir de nuestro sonambulismo. La cálida cercanía evita que las relaciones caigan en la agresividad y es un medio privilegiado para escapar de las nociones imprecisas o rutinarias y para empezar a pensar correctamente, lo que es difícil hacer solo.¹²⁴

El turbulento siglo XVI francés, desgarrado por las guerras de religión, abrumaba la vida de los dos grandes amigos, y en el valle del Ródano¹²⁵ donde vivían, la querrela adoptó violencias extremas. Los creyentes, de uno y otro lado, quedaban divididos “por la sílaba latina *hoc*”. Pero se trataba de algo muy trascendente: la presencia del cuerpo y la sangre de Cristo, la transustanciación del pan y del vino. En efecto, *la sílaba* era importantísima, pues, desde San Pablo, la Iglesia sostenía que, en la Última Cena, Cristo, al tomar, bendecir y partir el pan, dijo: “*hoc est corpus meum*” (esto es mi cuerpo). ¿Presencia real o presencia simbólica, como querían los reformados (protestantes calvinistas, llamados hugonotes)? La aparente insignificancia (“la sílaba”) del motivo de la guerra escandalizaba a la inteligencia de los dos escritores bordeleses, quienes procuraron escapar a la toma de partido en dicha confrontación teológico-militar, que todo lo trastornaba. La Boétie, católico ferviente, no hizo sino procurar una solución pacífica del conflicto en el Valle de la Garonne. “Redactó —dice Pouilloux— un largo texto intitulado *Memoria referida al edicto de 1562*, advirtiendo que el tema de la deliberación es la pacificación del problema. Enviado para corregirlo, La Boétie cayó mortalmente enfermo el 9 de agosto de 1563 y legó, en su lecho final, la biblioteca a Montaigne, transmitiendo la propiedad de lo restante a la mujer y al hijo”. Dejó a Montaigne inconsolable: “Depuis le jour que je le perdis je me fais que traîner languissant; et les plaisirs mêmes qui s’offrent a moi, au lieu de me consoler, me redoublent le regret de sa perte. Nous étions à moitié de tout; il me semble que je lui dérobe sa part... J’étais déjà si fait et accoutumé à être deuxième partout, qu’il me semble n’être qu’à demi”.¹²⁶

¹²⁴ Pouilloux, Jean-Yves, *Montaigne*, París, Gallimard, 1987, p. 24.

¹²⁵ El Ródano, el Rôhne, es el origen del lago Lemán de Ginebra, causa y efecto uno del otro.

¹²⁶ Pouilleux, *op. cit.*, p. 36.

La presencia de La Boétie en los *Ensayos*, por discreta que sea, es innegable: cuando Montaigne aborda la formación de los hijos alude al *Discurso sobre la servidumbre voluntaria* sobre el despotismo oriental: eran siervos de uno porque no sabían pronunciar una única sílaba, esto es, *no*.¹²⁷

La dolorosa pérdida del amigo llevó al fiel Montaigne a incluir los *Veinti-nueve sonetos de Etienne De la Boétie* en el cuerpo de los “Ensayos”, dedicándolos “a la señora de Gramont, condesa de Guiche” con estas palabras: “estaréis de acuerdo conmigo que no hay otros salidos de Gascaña que posean más inventiva y elegancia ni que atestigüen haber surgido de mano más fértil” (después de 1588 los retiró del libro, conservando en él sólo la dedicatoria. Los versos fueron publicados posteriormente con otra obra de la Boétie titulada *Histórica descripción del país solitario y salvaje de Medoc* de la que es imposible conseguir algún ejemplar).

Al tratar “*la ejercitación del alma*” (la que, sin embargo, no puede ayudarnos a aprender a morir), Montaigne consoladoramente supone, *en contra de la opinión de De la Boétie*, que “la duración de una enfermedad prolongada debilita no sólo el cuerpo sino también el alma, que no puede mantener fuerza alguna en su interior para reconocerse. Y que, de este modo, no tenían razón alguna que les atormentase y que les pudiese hacer juzgar y sentir la miseria de su condición”.¹²⁸

Muchas páginas después, Montaigne dejó asentado, a propósito de “*La Fisonomía*” (lib. III, cap. XII), que “la Boétie no tenía otra belleza que la del alma; en lo demás bastante hacía si escapaba de ser feo”.

Como se sabe, Montaigne hizo una de las torres de su castillo de Saint-Michel, cerca de la rivera del Dordogne, su habitación permanente y biblioteca, refugio cuyo plafón está decorado por frases bíblicas y de autores clásicos, griegos y latinos y en donde transcurría la mayor parte de su vida, dedicada a escribir los *Essais*. La inscripción sobre La Boétie ha desaparecido, pero fue posible reconstruirla conjeturalmente en el siglo XVIII gracias a Legros:

Miserablemente privado del apoyo, tan preciso para su vida, de Etienne De la Boétie, el más dulce, agradable e íntimo de sus amigos, el hombre mejor, más docto y más encantador y ciertamente más perfecto que se ha visto en nuestro tiempo, Michel de Montaigne, que ansiaba que subsistiera algún recuerdo singular de su amor mutuo y de su alma agradecidísima hacia él y no desmemoriada, en cuanto ha podido hacerlo de manera significativa, le ha

¹²⁷ Montaigne, Michel, *Los ensayos (según la edición de 1595 de Marie de Gounay)*, prólogo de Antoine Compagnan, edición y trad. de Bayod Brau, Barcelona, 2007, p. 200.

¹²⁸ Montaigne, *op. cit.*, lib. II, cap. VI, “*La ejercitación*”, p. 540.

consagrado este mueble erudito y extraordinario que constituye su placer [se trataba del “mueble” biblioteca, de la biblioteca entera].

Antes de comentar el *Discurso de la servidumbre voluntaria* no resulta impropio concluir esta mirada a Montaigne y a La Boétie con la interpretación de Bayod Brau, quien sostiene que, como Rousseau, el autor de *Los ensayos* es consciente de la diferencia entre hombre y ciudadano, entre naturaleza e historia y sabe bien (como también lo sabría Rousseau, agregamos nosotros) que la naturaleza es insuperable: “la flaqueza de nuestra condición hace que las cosas en su simplicidad y pureza naturales no puedan servir para nuestro uso. Los elementos de que gozamos están alterados”.

La tensión entre naturaleza e historia, entre libertad y obligación no puede, ni debe, sin embargo, borrarse del todo... Podemos oponernos —dice Montaigne— a que la alteración y corrupción natural de todas las cosas nos aleje demasiado de nuestros indicios y principios. Tal tensión se hace manifiesta en el sabio que habita conscientemente en las dos esferas a la vez, según el concepto de sabio descrito por La Boétie:

Algunos, mejor nacidos que el resto, que sienten el peso del yugo y que no pueden evitar sacudírsele, que nunca se familiarizan con la sumisión, aquellos a los que, dotados de juicio claro y de inteligencia lucida, no les basta, con el burdo populacho, con mirar lo que tienen a los pies... quienes, provistos de suyo de una cabeza bien hecha, la han pulido con el estudio y el saber. Estos, aunque la libertad se pierda enteramente y quede por completo fuera del mundo, la imaginan y la sienten en su espíritu y continúan saboreándola [Discurso].¹²⁹

Montaigne, Rousseau y La Boétie pertenecen a la estirpe insumisa de cuyo vigor se alimenta la historia de las luchas libertarias, políticas y morales y cuyos escritos —preciadísimo legado— no merecen el cajón olvidado en que yacen por la incuria desaprensiva que sepulta en la desmemoria a tantas obras decisivas: las de aquellos los son sin duda alguna, pues no habría forma de explicarnos el mundo de hoy sin el empuje intelectual de los tres.

“Esta es una obra que arranca radicalmente el hecho social de la idea de un fundamento natural; que, colocando la *servidumbre* en el corazón del enigma de lo social, la convierte en un monstruo que escapa a cualquier ley de la naturaleza. La sociedad como servidumbre: un innombrable cuya explicación ninguna regla del universo puede dar...”¹³⁰

¹²⁹ Bayod Brau, J., “Estudio introductorio”, en Montaigne, Michel, *Los ensayos*, cit., p. XL.

¹³⁰ Abensour, Miguél, “Presentación”, en *El discurso de la servidumbre voluntaria*, Barcelona, 1980, p. 25.

Pero, en cambio, es posible entender la concreta circunstancia en la que surge el *Discurso* de La Boétie: la gran sublevación contra la gabela en Guyana, reprimida con fiereza abatiendo a los campesinos revoltosos (1551).

El pueblo se subleva y, de cierto modo, no acaba de sublevarse. Pero la cuestión de la servidumbre está desfasada en relación con las virtualidades de la sublevación. Hay que llegar a pensar que la servidumbre habita aún el momento de la revuelta y que, a lo largo de su trayectoria, están siempre unidas. La servidumbre permanece en el interior del movimiento y quiere producir la libertad. El verdadero gesto de ruptura, del que naciera la libertad, no tiene lugar y en ello reside el enigma. *Del tirano podéis liberaros, si intentáis, no liberaros sino querer hacerlo. Debéis estar decididos a dejar de servir y seréis libres. No pretendo que lo acometáis ni que lo demoláis, sino simplemente que dejéis de sostenerlo y lo veréis, cual un gran coloso al que se le hubiera despojado de su base, desplomarse y romperse por su propio peso.*¹³¹

Pero el pueblo es tan capaz de odiar la dominación y combatirla como de consentir su imposición. “Es sobre este desdoblamiento, dice Abensour, sobre esta articulación, sobre este vínculo interior del deseo de sublevación y de la voluntad de servir, que se trata de centrar la atención”. Atención que Montaigne percibió peligrosa, pues podía ser motivo de apropiación, de protestantismo regional que ya había sido decretado como un peligro terrenal y espiritual. De ahí la confusa cronología alrededor de la obra. ¿La compuso De la Boétie a los dieciocho años, después de la revuelta de Guyana? Montaigne, protector del amigo insustituible, la recoloca a los dieciséis, es decir, con una prudente antelación a los hechos sangrientos. Sea de ello lo que fuere, el *Discurso* tiene las cualidades intemporales que lo hacen legible todavía hoy.

Abensour y Guchet llegan a sostener el cotejo entre *Maquiavelo* y De la Boétie:

...uno y otro son los únicos en su siglo en tratar propiamente de lo político, y elocuentes en su aislamiento, sacan las consecuencias radicales del surgimiento de una figura inédita de la dominación y hablan a la vez con miras al provenir... Maquiavelo, queriendo pensar el poder con la libertad, La Boétie deteniéndose para siempre en el *gran rechazo* que obliga a pensar la libertad contra el poder.¹³²

Por cierto, el prefacio de Charles Teste, quien rescató allá por 1856 el *Discurso* de La Boétie, poniéndolo en francés moderno, concluye con un “*tu*

¹³¹ Cít. por Abensour.

¹³² Abensour, *op. cit.*, p. 40.

hermano en Cristo y en Rousseau”, que en aquellos días fue tachado de sacrilego cuando, en todo caso, es blasfemo.

Hemos percibido un “eco” de La Boétie en Rousseau y nos hemos quedado cortos: no sólo está el eco en aquel pasaje del *Discurso* en el que Rousseau se pregunta por el objetivo de la obra: hay muchos más, rebotando a lo largo del texto y sobre todo hay uno, el más audible al surgir en el primer párrafo de la segunda parte del libro:

El primero a quien, tras haber cercado un terreno, se le ocurrió decir: esto es mío, y *encontró personas lo bastante simples para creerle*, fue el verdadero fundador de la sociedad civil. ¡Cuántos crímenes, cuántas guerras y asesinatos, cuántas miserias y horrores habría ahorrado al género humano *el que, arrancando las estacas o cegando el foso hubiera gritado a sus semejantes: guardaos de escuchar a este impostor; estáis perdidos si olvidáis que los frutos son de todos y la tierra no es de nadie...*

Al no haber ocurrido así (y podría haber acaecido, es decir, se trata de una alternativa ante la que, hipotéticamente, puede optarse *voluntariamente*) la servidumbre (*voluntaria en consecuencia*) quedó establecida en el punto de arranque de lo social. Es en este lugar en el que los dos discursos se abrazan, concatenando a La Boétie con Rousseau.

La Boétie¹³³ comienza su reflexión con el aserto inquisitivo siguiente: “De momento quisiera tan sólo entender cómo pueden tantos hombres, tantos pueblos, tantas ciudades, tantas naciones soportar a veces a *un solo tirano*,¹³⁴ que no tiene más poder para causar perjuicios *que el que se quiera soportar* y que no podría hacer daño alguno de no ser *que se prefiera sufrir a contradecirlo*”.

El poder de uno solo, a partir del momento en que asume el título de amo, pasa a ser duro y desatinado —escribió Leroux en célebre comentario—, “*Es la condenación absoluta de la desigualdad y del despotismo*”. Pero si la dominación de un amo es dura y desatinada, la de varios tampoco puede ser buena, pues varios amos no son sino la multiplicación de esa cosa mala que se llama amo. El espíritu de libertad se fundamenta en La Boétie sobre el sentimiento de solidaridad y de igualdad. “La naturaleza ha mostrado en todas las cosas que no quería tanto hacernos a todos unidos como a todos *uno*”. Es la plegaria misma —añade Leroux— de Cristo en el momento supremo del Huerto: “Rezo a fin de que todos no sean más que uno”.¹³⁵

¹³³ Hemos utilizado la versión del *Discurso de la servidumbre voluntaria (Contra uno)* de Etienne De la Boétie (1548), trad. de T. Vicens, Barcelona, 1980.

¹³⁴ Recuérdese que la obra también se conoce como el “*Contra uno*”: *uno que es dueño de todo*.

¹³⁵ Leroux, Pierre, *El contra uno de Etienne de La Boétie*, Barcelona, 1980, p. 110.

La *radicalización* de la tesis de la servidumbre voluntaria exigía ser expuesta con cierto dramatismo y La Boétie concibe entonces el siguiente párrafo, que contiene el aserto central de su propuesta:

Soportar saqueos, asaltos y crueldades, no de un ejército, no de una horda descontrolada de bárbaros contra la que cada uno podría defender su vida a costa de su sangre, sino únicamente de uno solo. No de un Hércules o de un Sansón *sino de un único hombrecillo, las más de las veces el más cobarde y afeminado de la nación*, que no ha siquiera husmeado una sola vez la pólvora de los campos de batalla, sino apenas la arena de los torneos y que no puede satisfacer a la más miserable mujerzuela. ¿Llamaremos a eso cobardía? ¿Qué es ese *monstruoso vicio* que no merece siquiera el nombre de cobardía, que carece de toda expresión hablada o escrita, del que reniega la naturaleza y que la lengua se niega a nombrar?

Claude Lefort¹³⁶ sugiere, ante el “concepto inconcebible” que surge de “la unión de dos palabras que repugna a la lengua”, varias claves de lectura del texto de La Boétie:

La palabra de La Boétie se conserva viva en tanto que palabra política, palabra que divide, que se destina a unos cuantos y que excluye el partido de los otros y los soportes reales o potenciales de la tiranía. Sin embargo, oír esta voz no supone tan sólo dejarse emocionar por ella, sino prestar atención a la cuestión que vehicula. Ahora bien, a partir del momento en que le prestemos realmente atención se produce un gran cambio. El propio discurso incita a ello pues, en un segundo tiempo, La Boétie renuncia ostensiblemente a dirigirse al pueblo, apartando a ese interlocutor vivo,¹³⁷ al que podría creerse que brindase la razón de hablar. La Boétie declara que no actúa con prudencia *al querer predicar esto al pueblo, que ha perdido, desde hace tiempo, todo conocimiento y que, al no sentir ya su mal, da suficientes pruebas de que su enfermedad es mortal*. No se contenta con combatir manifiestamente la opinión, establecida, sino que parece concebida para liberarse de la opinión. *Vemos en la tiranía el mundo al revés y este mundo es el nuestro*: la fuerza ocupa el lugar de la debilidad y ésta el lugar de la fuerza. Y como más examinemos el hecho más fantástico nos parecerá esta inversión. Descubrimos un pueblo que puede soportarlo todo, no de enemi-

¹³⁶ Lefort, Claude, “El nombre de uno”, en *El discurso de la servidumbre voluntaria*, Barcelona, 1980, pp. 135 y ss.

¹³⁷ Rehúsa la apelación al pueblo porque no tendría sentido dirigirse a quienes *voluntariamente* consienten y perpetúan la servidumbre. La razón (las razones) no basta para mover a la voluntad; luego entonces, cualquier argumento es estéril de no estar acompañado de voliciones cuyo condicionamiento también es efecto del sojuzgamiento político y la obra de las instituciones sociales. Es el problema de haber abordado desde ángulos diversos y aun así es de gran complejidad.

gos poderosos sino *de uno solo*. Ante nuestros ojos, *el poder del número infinito se disuelve* al contacto de un poder casi nulo. *Lo inconcebible ya no es únicamente el que un hombre sojuzgue a cien mil ciudades sino que el pueblo se someta cuando, en realidad, no tendría que hacer nada para liberarse de él. Bastaría con no darle nada. El tirano reina por voluntad de los súbditos.*

La conclusión —dice Lefort— se desprende de las premisas, aunque sea desmesurada: debemos aprender que de la servidumbre a la libertad no se da transacción alguna en lo real.

Ni espacio ni tiempo que recorrer, ningún esfuerzo, ninguna acción; tan solo se da una versión del deseo. Tan pronto como los hombres dejen de querer al tirano, éste quedará derrotado; tan pronto como deseen la libertad, los hombres la tendrán. Pero ¿cómo pensar que el tirano, su policía, su ejército, todas sus fuerzas se desvanecerán con solo negarse a servir? ¿Es posible negarse cuando, una vez vencidos y desarmados, la violencia se abate sobre ellos? *Y de producirse un rechazo unánime ante el tirano, ¿cómo suponer que se haga en una sola vez, que confluyan de pronto los deseos de un número infinito de personas?* La Boétie no habla de la libertad interior sino de la libertad política y denunciando lo absurdo el discurso raya lo absurdo.¹³⁸

No cabe duda, concluye, de que el concepto de servidumbre voluntaria es perturbador, porque sitúa en el mismo polo al esclavo y al amo. ¿Por qué extrañarse de que un número infinito de hombres obedezca al más cobarde y apocado de los hombres si se sabe que el tirano *es el instrumento de la voluntad de Dios?* ¿Por qué sorprenderse ante este monstruoso vicio que la naturaleza rechaza y que la lengua se niega a nombrar?

Ni la caballería, ni la infantería constituyen la defensa del tirano. Cuesta creerlo, pero es cierto —dice La Boétie— son cuatro o cinco los que sostienen al tirano, cuatro o cinco los que imponen por él la servidumbre en toda la nación. Siempre han sido cinco o seis los confidentes del tirano, los que se acercan a él por su propia voluntad o son llamados por él para convertirse en cómplices de sus crueldades, compañeros de sus placeres, rufianes de sus voluptuosidades y los que se reparten el botín de sus pillajes... Estos seis tienen a seiscientos hombres bajo su poder a los que manipulan y a quienes corrompen como han corrompido al tirano. Estos seiscientos tienen bajo su poder a seis mil a quienes sitúan en cargos de cierta importancia, a quienes otorgan el gobierno de las provincias, o la administración del tesoro público, con el fin de favorecer su avaricia y su crueldad, de ponerla en práctica cuando con venga y *de causar tantos males por todas partes* que no puedan mover un dedo sin

¹³⁸ Lefort, Claude, *op. cit.*, pp. 142 y 143.

consultarles, ni eludir las leyes y sus consecuencias sin recurrir a ellos... Según los médicos, aunque nuestro cuerpo no sufra daño alguno, en cuanto en algún lugar se manifiesta una dolencia, todos los males se centran en el punto corrompido. Asimismo, en cuanto un rey se declara tirano, todo lo malo, toda la hez del reino —y no me refiero a ese montón de ladronzuelos y desorejados que no pueden hacer ni bien ni mal en un país, sino a los que están poseídos por una incontenible ambición y una incurable avaricia— se agolpa a su alrededor y lo mantiene para compartir el botín con él y, bajo su grandeza, convertirse ellos mismos en pequeños tiranos... Así es como el tirano somete a sus súbditos, a unos por medio de otros. Está a salvo gracias a aquellos de quienes debería, de guardarse si ya no estuvieran corrompidos... No están solamente obligados a obedecer, sino que deben también complacerle, doblegarse a sus caprichos, atormentarse, matarse a trabajar en sus asuntos, gozar de sus mismos placeres, sacrificar sus gustos al suyo, anular su personalidad, despojarse de su propia naturaleza, estar atentos a sus palabras, a su voz, a sus señales y a sus guiños, no tener ojos, pies ni manos como no sea para adivinar sus más recónditos deseos o sus más secretos pensamientos... ¿Habría otra manera de vivir más mísera, carente de todo, cuando podría gozar del libre albedrío, de la libertad, de su cuerpo y de la vida?¹³⁹

Esta *mecánica de la dominación*, fórmula asombrosamente simple (la de esas “*pirámides*” a las que son afectas tanto los pueblerinos como Wall Street) es, en su elementariedad, eficaz y si se quiere estar a tono con el *Discurso*, diabólica y antinatural.

La obnubilación llega al extremo:

Quieren apropiarse de los que brindan al tirano el poder de quitarlo todo a todos y negar a todos la posibilidad de tener algo que sea suyo... Releyendo todas las historias de la Antigüedad, reflexionando sobre aquellas que acuden a nuestra memoria, veremos cuán numerosos son los que, tras haberse ganado con malas artes la confianza del príncipe, ya sea fomentando su maldad, ya sea abusando de su simpleza, acabaron aplastados por ese mismo príncipe.

La Boétie, reforzando el discurso, recurre a una sorprendente antinomia, en la que su experiencia vital y personalísima se injerta en su texto:

Esta es la razón por la que un tirano jamás es amado ni ama él mismo jamás. La amistad es algo sagrado, no se da sino entre gentes de bien que se estiman mutuamente, no se mantiene tan sólo mediante favores, sino mediante la lealtad y una vida virtuosa. Lo que hace que un amigo esté seguro del otro, es

¹³⁹ De La Boétie, Etienne, *El discurso de la servidumbre voluntaria*, cit., pp. 90-93.

el conocimiento de su integridad. Tiene como garantía de ello la naturaleza de su carácter amable, su confianza y su constancia. No puede haber amistad donde hay crueldad, deslealtad, injusticia. Cuando se juntan los malos siempre hay conspiraciones, jamás una asociación amistosa. No se aman, se temen: no son amigos sino cómplices.¹⁴⁰

La noble amistad con Montaigne ya había dado los frutos espirituales que alegraron la corta vida de La Boétie. Aquella amistad le haría sentir al autor de *Les Essais que, al morir su amigo*, había muerto la mitad de él mismo.

La oposición *tiranía-amistad* es un hallazgo del *Discurso* que tiene una doble y poderosa experiencia detrás: la arbitrariedad tiránica de Enrique II contra los campesinos de Guyana, agobiados por gabelas y tallas multiplicadas, por un lado y, en el otro extremo, una intensa corriente de simpatía, moral e intelectual, la conversación, la correspondencia con Montaigne. No es fortuito que en la Revolución algunos periódicos y folletos se hayan titulado “*El amigo del pueblo*”, “*El amigo del hombre*”, “*Amigos de la libertad*”, etcétera.

Que un hombre tan joven haya descifrado uno de los mecanismos de la dominación, sin auxilios teológicos ni mitológicos, pero armado de buenas letras y de fuerza razonadora (la propia y la que Montaigne venía a añadir a la suya), es como para obligarle a uno a detenerse y mirar con atención. El *Discurso* pertenece a la línea que Maquiavelo llevaría a su desarrollo último y definitivo. Si en el *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* de Rousseau se escuchan ecos de La Boétie, es razón (para el propósito de nuestro ensayo) más que sobrada del empeño por identificar los puntos de contacto entre ambas obras.

¿No es una misma preocupación y no es, en el fondo, un mismo problema —abordado dos veces con siglos de distancia— la del perigordino y el ginebrino? ¿No son dos “hechos de fuerza” la apropiación de la tierra y la expropiación política que coexisten y se refuerzan recíprocamente? ¿No son dos ejes centrales antinaturales los dos? De lo que no hay duda es que los dos discursos no han perdido ni su vigor ni su originalidad ni, mucho menos, su actualidad, es decir que, legibles hoy, son elementos del sempiterno debate sobre dichas cuestiones. El *Discurso* de un siglo XVI remoto volvió a fulgir en el siglo XVIII y, por si fuera poco, lo hizo abrigado en el de Rousseau.

¹⁴⁰ *Ibidem*, p. 98.